



Consagración de nuestra Familia de Santa Eugenia al Inmaculado Corazón de María

Segunda catequesis

Desde María, una vida nueva

En esta segunda catequesis entramos en un aspecto fundamental de la Consagración al Corazón Inmaculado de María: **la conversión**. Desde Fátima, nuestra Madre hace una llamada fuerte a dejarnos transformar por Dios y hacer más evangélica nuestra vida. El camino no es otro que el de la **contemplación de la belleza** de un Corazón de Madre que ama y se entrega por todos nosotros; frente a la fealdad y la oscuridad del pecado la belleza y la luz del Amor de Dios triunfa y despierta lo mejor que hay en nuestro interior.

Creer en el ser humano

Somos capaces de cambiar; **la conversión es posible**. ¡Esto es lo primero que necesitamos creer si queremos dar un paso hacia adelante y hacer real la transformación que nos va a regalar María!

Por muy difícil que parezca, por mucho tiempo que haya pasado, por muy acostumbrados que estemos a un estilo de vida o una forma de pensar... **¡Dios puede y quiere transformarnos!**

No todo da igual: no es lo mismo vivir que sobrevivir, no es lo mismo libertad que esclavitud, no es lo mismo amar que utilizar, no da igual mentir que decir la verdad, no es lo mismo reír que llorar... **¡¡¡el ser humano es precioso...¡¡¡NO da igual!!!**

Haciendo un recorrido por los mensajes del Espíritu en estos últimos tiempos a través del Magisterio de la Iglesia reconocemos una enseñanza fundamental y común denominador de todo: **la dignidad sagrada de la persona**.

Dios no hace chapuzas y por eso sabemos que, aunque crezca el pecado, nunca puede llegar a borrar la imagen preciosa del Creador en el cuerpo y alma de su criatura. La discutida "Ley Natural" en la actualidad, que para algunos es una opresión o un límite, tiene como punto de partida el **Bien presente en el corazón del ser humano** que le lleva a distinguir lo que edifica o no edifica la alegría común. Este Bien, que en el fondo es el Amor originario con el que Dios nos creó, nunca puede desaparecer. Por eso, ante lo verdaderamente bueno el corazón se despierta, se entusiasma y lucha por lo que quiere; ante lo que es caricatura del amor, aunque al principio nos cautiva, finalmente genera tristeza y soledad. **Como enseña Jesús, aunque el hijo se vaya de casa, se gaste toda la herencia y viva perdidamente nunca dejará de ser hijo** (Cf. Lc 15, 11-32).

Eres imagen y semejanza de Dios amor. Único e insustituible, capaz de Dios y capaz de ofrecer amor y entregarte a los demás. La felicidad no es una utopía sino un hecho porque no eres "algo" sino "alguien", hecho para amar y no para utilizar ni ser utilizado, en quien hay sembrada una semilla de fuerza desbordadora. No eres una máquina ni un simple compuesto químico sino un sagrario viviente de sueños y esperanzas que se consiguen cuando el corazón se pone en juego. Eres fuego, eres agua, eres viento, eres barro de la tierra, nacido de las entrañas del Creador, formado de Espíritu Santo para arriesgar, ofrecerte y crecer. No eres solo individuo sino familia. Eres cuerpo y alma... en el simple respirar estás demostrando que eres grande, eres precioso, obra maestra, estandarte de un Amor inabarcable. ¡Que nada ni nadie te engañe! Desbordas la belleza de Dios en cada célula de tu ser inexplicable, porque en cada átomo de tu cuerpo reside la potencia del Infinito. ¡Admírate! ¡Entrégate! ¡Busca! ¡Cree! Lo más valioso está en lo oculto, en lo secreto, en lo que no se ve... No te desgastes intentado explicar la Belleza con razonamientos de libro o fórmulas matemáticas; mejor, responde ante Ella con la sonrisa que se dibuja en tu rostro, con los ojos que se iluminan, con el balbuceo del corazón que se entusiasma como si volviera a nacer.

La mirada de la Madre

Toda conversión auténtica nace de una **mirada sobre nosotros de amor verdadero** que traspasa y llega hasta lo más profundo. Cuando pretendemos cambiar sólo desde la reflexión y una larga lista de propósitos, generalmente nos cansamos y nos quedamos en la superficialidad. Es como si intentáramos limpiar el vestido o cambiar de decorado pero lo de dentro queda igual.

Fátima es tierra de conversiones porque el centro del mensaje de la Virgen consiste en esto: **el triunfo de su Inmaculado Corazón**. María muestra a los niños pastores **su Corazón de Madre**, como refugio, consuelo y fortaleza en las pruebas de la vida. **¡¡¡Es el Corazón!!!**, no la espada, la amenaza ni el miedo lo que Ella enseña para volvernos hacia Dios. Este Corazón tiene dos características, tal como se revela, de un significado muy fuerte:

- **Rodeado de espinas**

María aparece como Madre compasiva y solidaria con el dolor de sus hijos. A Ella no le dan igual nuestras penas y dificultades, no es insensible sino todo lo contrario. El Amor auténtico es el que **se pone en el lugar de la persona querida** y comparte las cruces de cada día. No sólo eso: nuestra Madre ofrece sus manos para recoger a los hijos que padecen las consecuencias de su propio pecado y del pecado de los demás... ¡Impresionante! No da la espalda, no huye cuando nosotros huimos de la voluntad del Señor y desgastamos la vida en lo que a Él no le agrada... ¡todo lo contrario! **Las espinas en el Corazón de la Madre son el reflejo de su búsqueda incansable por cada hijo que se va de Casa para convertirlo en pródigo y traerle de nuevo al abrazo de Dios**. Sólo quien ama puede entender la belleza infinita de este dolor porque “no hay rosa sin espinas”; es el amor que toma nombre de **misericordia**.

- **El fuego que corona el Corazón de María**

El amor es fuego. Ese fuego en el Corazón de María es la Presencia del Espíritu de Dios que Jesús derrama en nosotros en un permanente Pentecostés.

Acercarnos a la Virgen significa entrar en la dinámica del “cenáculo”, es decir, nos convierte en los discípulos que esperan todo de la venida del Santo Espíritu para hacer de ellos una nueva creación, como les sucedió a los apóstoles en el cenáculo de Jerusalén.

Desde este Fuego de Amor resulta que la vida cristiana deja de ser un conjunto de cumplimientos o de esfuerzos estériles convirtiéndose en la religión del “regalo”, de la GRACIA, de experiencias que nos hacen ver y tocar a un Jesús vivo que sigue actuando con poder entre nosotros. Cuando creemos que todo depende de nosotros hasta las cosas más bellas se hacen pesadas y nos sentimos esclavos. La Eucaristía, la oración, la Reconciliación, la caridad... es un puro regalo que nace del Amor de Dios de una belleza incalculable, pero sin Espíritu Santo quedan en puras obligaciones y códigos morales. Así ha sucedido a muchos hermanos que abandonan la Fe porque no tienen experiencia de libertad sino de normas, donde no hay gratuidad sino esfuerzo y sacrificio. Por este camino hacemos una Iglesia de héroes, o peor, de fariseos que viven de sus esfuerzos y capacidades juzgando a los que no son como ellos.

María nos lleva de su mano al cenáculo de Pentecostés, a las raíces de nuestra Fe, donde nuestra debilidad y pobreza es abrazada por el Amor de Dios y como niños dejamos que nuestro Padre nos regale todo. Entonces brota del corazón el entusiasmo, la ilusión por vivir en Cristo, deseamos buscarle en la oración, celebrarle en la Eucaristía, servirle en los hermanos, descubrimos la belleza de las enseñanzas del Señor y de su Iglesia y nos sentimos atraídos a hacerlas nuestras. Surge la alegría y la paz, recuperamos la capacidad para creer en el milagro haciéndonos espectadores de Jesús que camina a nuestro lado y sigue curando, liberando y regalando los signos de la llegada del Reino de Dios. **TODO ES GRACIA**.

Quizá esta sea la razón por la que la Santa Madre eligió en Fátima a tres niños para convertirlos en voceros de su mensaje. No se fijó en los cualificados, ni gente con cargos o carreras sino en tres pequeños pastores de una aldea sin importancia, porque ayer y hoy, los secretos del Reino “*no son revelados a los sabios y entendidos sino a la gente sencilla*” (Mt 11,25).



¡VEN, ESPÍRITU SANTO!